

—Y muchísimo, añadí yo después:—Cómo así? continuó Peralta.—Porque solo en estas seis coplas tiene Vm. puestos todos los *tus* del pronombre, pues entre *túes*, *tes* y *tíes*, tienen veintitrés las pobres, sin contar el *tas con tas*, que casi llegan *ras con ras* á dos docenas. Y dígame Vm., señor don Pedro, en qué fuente habían Narciso y Vm. bebido juntos para tutearle tan horrendamente? Cierto que alabo la llaneza y la prodigalidad de tanto *tú* y quitarse de ceremonias de andar como las gentes para los tratamientos ten con ten, como también la repetición juguetona de los *títis*, que sin duda los traería el señor Narciso para *títies* <sup>(1)</sup> de regalo á su adorada imágen con quien hacía tantas amorosas monerías.—Ea, deje Vm. esas nimiedades, me dijo, y oiga Vm. las que quedan hasta quince. Y en la séptima topamos luego no con un tapaboca, sino con un como eco, que á haber tenido más dientes el tal caballero, hubiera temido no la hubiere comido hasta los huesos. Proseguía la octava con un mal pelillo (islote diminutivo del mal pelo) que lo podía ser de su calva, á no ser como es tan rasa; y luego, en la undécima, con unos ahogos que los extrañe mucho, áun siendo voz tan propia de su locución palpitante; y en fin, aunque en la última cierra con llave de oro y acaba como todas las cosas en esta vida, pretende quedarsu musa Urania, aunque uraña, inmortal; pero él muy satisfecho y pagado de su trabajo, sin parecerle haber faltado, ni en lo alto ni en lo bajo del estilo, en el menor rigor de la poesía, diciendo con ella en el último pie de su romance:

cumplo porque ya me esquinzo.

Pero apenas había pronunciado (que apenas pronuncia) este último acento, cuando un sátiro zoilo, que venía de los bosques y bajaba de las montañas de la luna, le cantó conmigo esta quintilla:

Sepa el celeste Peralta  
que de mortal no se excusa  
y que, por baja ó por alta,  
hemos de hallar á su musa  
por más que se esquinice, en falta.

Suplióme el tal satirillo la comisión en esta parte; pero no la curiosidad de oír (ya bien acostumbrado) las poesías que había escrito en las demás Academias, y en virtud de esto le dijimos:—señor don Pedro, háganos favor de mostrarnos los versos que Vm. compuso en la primera Academia.—Aquí está, respondió, un soneto, que con pies forzados se dió por asunto, que ya

(1) *Títies* nombre que se da, en muchos pueblos de América, á unos monos muy pequeños.

cada uno de nosotros estaba antes con la suya para que escribiésemos en alabanza de la música que se había cantado aquella noche, en la cual

todes los músicos son  
tan sonoros Orfeos  
que, sin duda, pueden ir  
á cantar á los infiernos.

Leyóse *ipso facto*, y habiendo yo reparado que en el primer verso del segundo cuarteto (habiendo hablado antes de las musas en el primero) dice que merecen que las prenda ya Ronquillo,

no pude, oyendo que á todas  
las sagradas musas trata  
de que las prenda Ronquillo,  
no extrañarle la alcaldada,

y que no se acordase que eran damas muy aseadas que, consultándose en el espejo, (más que no él en sus perfecciones) se dejaban ver muy bien tocadas y prendidas; por cuya razón, advirtiéndole ó vejándole el que intentase que las prendiese Ronquillo, como cosa imposible é inútil, le dije así en esta quintilla:

Nunca á las musas prender  
podrá Ronquillo, aunque apriete,  
inmunes de su poder,  
ni otro alguacil ni corchete,  
sino es que sea alfiler.

—Esa en que repara Vm. es mucha sutileza, y si me quiere interpretar la bula de esta manera, y no quiere comprender lo literal y alegórico de mis versos, como yo los escribí, consolaréme con morirme y haber cumplido con mi obligación como otra vez. A lo que Rodríguez (que ya reventaba por hablar) le dijo:

¿como quiere usted morirse  
hoy, si ya se murió ayer?  
sobre morir no se mate,  
que solo se hace una vez.

—Pues si Vms. no quieren que me muera, dijo Peralta, oigan y alábenme la glosa que hice en la segunda Academia, que ya sabrán Vms. que fué de una redondilla, real y absolutamente difícil, de un pastor enamorado y quejoso de su pastora.—Léala Vm. por vida suya, le dije, que estoy con mil deseos de oirla, porque me la han celebrado mucho.—Leámosla los dos juntos, me respondió, á fin de que Vm. la perciba mejor.—Sea muy en hora buena, le dije.—No dé Vm. la enhorabuena, me advirtió Rodríguez, antes del suceso, porque es poner el arado antes que los bueyes. En fin,

leyóla y leíla;  
miróme y miréle;  
canséme y cansóse;  
callóse y calléme.

Rodríguez que me vió hecho una estatua de suspenso me dijo: Ah, señor! ¿tan admirado le ha dejado la glosa que le ha reducido á tanta suspensión?—No es sino efecto de la novedad que me ha causado el observar aquel verso segundo de la primera décima, en que entrando á ponderar el grande amor del pastor en la feliz suerte de amar á su pastora (en que Cupido, en el juego de la flor más bella del jardín de la hermosura, envidaba todo el resto) diga que

un pastor tanto adoraba.

—Pues eso le ha producido á Vm., me dijo, tanto pasmo?—  
Respondíle:

cierto que me causó espanto  
que, en el juego del amor,  
un pastor que supo cuanto  
vale el oro del favor,  
no quisiese más que un tanto.

Oyólo el señor don Pedro; pero, porque es tan discreto, no quiso darse por entendido de una censura de tan poca importancia, aunque algunas veces suele importar mucho un tanto; y pasó luego (como quien no dice nada) á mostrarnos el romance que quiso escribir en la cuarta Academia, que era el de la curiosidad y cuatro motivos que tuvieron las damas de Lima para ir á ver la ballena varada en los Chorrillos, y habiendo oído todas las coplas de él, y los motivos que expresa, con eficaces deseos de aplaudirle, dije:

fué muy desgraciado, y tengo  
motivos de estar corrido;  
pues entre tantos no he hallado  
para alabarle motivo.

Antes bien, si para vejarle, como deseo, teniendo siempre presente la obligación de cargarle para descargo de ella y de mi cargo, y así tema la carga que le voy á dar ahora (con el reforzado cañón de otra pluma, disparado de *la torre*)<sup>(1)</sup> sobre la tercera copla en que habla de un parto diciendo así:

Si presumiendo que Venus  
a Amor en el mar paría,  
resultamos con lo de  
mala noche y parir hija.

(1) Alusión á Bermúdez de La Torre.

Y cierto que podía excusar ponerse al tiro hecho del vejamen con el parto referido que nos supone; pero Rodríguez que conoce muy bien el valor de la musa que alienta é inspira al señor de Peralta, dijo: la de este caballero no teme, ni debe, ni temerá, á Vm. ni á ningún poeta de cualquiera nación que sea. Y yo le respondí: está muy bien, que

su musa al inglés no tema  
al portugués ni al batavo,  
al indo, al persa, ni al medo;  
pero tema mucho al parto.

Mantúvose Peralta con la misma sensibilidad ó abstracción, sin querer, á lo que discurríamos, darnos ni la vanidad de que supiésemos nos había oído, y al instante pasó á referir las coplas del romance que escribió en la quinta Academia á la pintura de una belleza que se encargó escribiese aplicando preciosas piedras á sus hermosas perfecciones. Oílas con mucha atención, admiración y aplauso, menos la sexta que, á mi entender, basta ella sola para haber echado á perder toda la pintura; y cierto que si no la hubiese puesto en la cola del romance, dijera yo era lagarto no vestido de damasco que bajaba por una peña, y que con dicha cola había borrado lo que había escrito con la cabeza, porque en ella dice así, hablando de la nariz:

La nariz derecha baja  
de cristal perfecta gota.

Y por esta razón califico que la hermosura que pintó no fué dama de porte, bella, aseada, ni grandé, sino muy ordinaria, fea, puerca, *china* y poca cosa; pues atribuyéndole á su nariz aquella gota

cuando juzgué hallar preciosa  
la hermosura que pintó,  
con una gota asquerosa  
que por la nariz bajó,  
dije que era una mócosa.

Y cuando esto no fué tan cierto, como se deja conocer, y hubiese quedado más hermosa que el sol, siempre la temeré yo como duradera (que es grande defecto en las bellezas) y que se muera (flor efímera del campo de la hermosura) del defecto con que enferma y la produce la referida copla, que nos la pone tan mal;

porque poco durar puede  
ni mucho tiempo vivir,  
beldad enferma que se halla  
con la gota en la nariz.

Con la suya soltó nuestro Peralta la censura y la risa de Rodríguez; y poniéndonos un gesto atravesado, se fué derecho á continuar el pronóstico del año que ahora nuevamente imprimiré; en cuya ocupación, y en lo incierto de él, veremos con Montero

cuanto sea lo que tragan  
las agallas de la tinta,  
y cómo se ven impresas  
cosas que no están escritas.

MELPÓMENE Y EL RVDO. PADRE MAESTRO FRAY AGUSTÍN SANZ

Con esto y habérsenos ido Peralta, sin decirnos palabra, dejándonos con ella en la boca, pasemos á examinar el nicho consecutivo donde estaba la sagrada musa Melpómene con su armoniosa harpa, descansando á un lado, con dorado estro y espada luciente en la mano derecha, muchas diademas y coronas á sus pies, y en sus sienes una de mirtos entretejida de verdes, aunque melancólicos, cipreses; y toda ella magestuosamente sentada sobre unos almohadones de rico brocado de violeta, y guarnecidos con primorosa franja de seda y oro; y sobre un bufetillo de luces, estas dos expresivas redondillas:

Músico horror es mi acento,  
tragedia soy siempre en tanto,  
que á las exequias el llanto  
no le acuerda mi instrumento.

Trueca aún Venus en feroz  
semblante aquí su blandura:  
y si amor cantar procura  
lágrimas canta mi voz.

En él ví que estaba meditando religioso el muy Rdo. Padre Lector y Mtro. Fray Agustín Sanz, á quien luego que descubrí me dijo Rodríguez:—Aquí tiene Vm. á su padre confesor, á quien (como poeta nuevamente introducido en las Academias, desde la octava) podrá Vm. vejar, dándole por las culpas que hubiese cometido en lo que ha escrito, una muy buena penitencia.—No haré tal, le respondí, porque yo

no he de vejar imprudente  
á nuestro padre lector,  
que es implicancia evidente  
que, siendo él mi confesor,  
le haga yo mi penitente.

—No deje Vm. de hacerlo, por vida suya, me replicó Rodríguez, y mucho más cuando se le viene á Vm. á la mano la ocasión, pues ahora repasa en voz alta el romance que compuso, en la referida Academia, sobre lo que bordaría ó tejería Penélope de día, y destejería ó desharía de noche, esperando á su esposo Ulises (asunto á que escribió con inimitable acierto el señor don Joseph Bermúdez, como Vm. lo ha ponderado repetidas veces.)—No me meto en eso, le respondí, y Vm. si quiere, véjele muy en hora buena, que yo no he de hacerlo por la razón dicha, y la de que, cuando se me despachó la comisión que ejerzo, no fué comprendido en ella, por más que Vm. me inste y me lo ruegue.—Pues yo no puedo excusar, dijo Rodríguez, el censurarle en aquella copla, que ahora acabo de leer, en que dice así: *Qué bordaría? Las hazañas, la gentileza y el garbo? Su amor y la correspondencia de Ulises, (aquí conmigo) su dueño claro!*—Pues qué tiene Vm. que vejar en esta tan bien torneada copla, le pregunté?—Luego Vm. no ha reparado, me dijo, que en ella llama á Ulises claro?—Sí he reparado, le repliqué, pero qué tenemos con eso?—Esto, me respondió:

que á Ulises mal le atribuye  
el epíteto de claro;  
porque Ulises, que fué griego,  
no era noble veneciano.

Y ¿no oye Vm. también, continuó, aquel verso del ovillejo que ha leído después en que, dando á una pedigüña equivocadamente otra cosa de tantas como pide para negarlo todo, dice: *Pidióme ayer rebozo sin embozo, dile la barba que es dos veces bozo*, y que de esto,

á más de ver denegada  
su petición codiciosa,  
sentirá la desgraciada  
tanto le niegue de hermosa  
cuanto le da de barbada?

Y no tiene también el reparo de que puede parecer estilo más alegre y menos modesto de aquel en que se emplea la triste y melancólica Melpómene, como del que acostumbra usar su reflexiva (sin ser afectada) circunspección, decir, como queda advertido, *dile la barba que es dos veces bozo*, á cual fué preciso que acordándome de aquel una vez rucio, pero dos rodado, del otro, je respondiese:

dar la barba que es dos veces bozo  
peligra á la verdad de ser exceso,  
porque puede tan cerca y sin rebozo  
una vez bozo ser, pero dos beso.

Pero yo no entro en esto, antes bien me salgo de enmedio y Vm. allá se lo averigüe con su paternidad, como cosa que á mí no me pertenece

Y á su poesía graciosa  
(como cosa de primor)  
alabe ó veje, en rigor;  
que, en fin, para mí no es cosa.

POLIMNIA Y EL LICENCIADO DON MIGUEL CASCANTE

Desde ahí pasamos al paraje donde se dejaba admirar la verdaderamente docta y siempre celebrada Polimnia, que sentada al pie de un olivo y coronada de sus mismas hojas, estaba mostrando la suavidad de su apacible genio, y con un erudito libro entre sus manos, la más sólida y verdadera doctrina de su incalificada erudición, en el cual se leían estas dos instructivas redondillas:

Del ánimo los afectos  
represento yo, que llaman  
costumbres; mis voces claman  
ya virtudes, ya defectos.

Al mal en bien simulado  
el disfraz quito, y después  
lo que más perfección es  
con elegancia persuado.

Tenía afianzado y colgado de una floreciente rama del mismo árbol su canora tiorba que, en unido maridaje de ébano y marfil, producía, al delicado tacto de la una mano y al seguro pulso de la otra, tan dulces armonías y tan bien entonadas sonoras voces, que ni los Orfeos pudieron jamás imitar diestros ni remedar engañosas las Sirenas. Divisábase, y aun se entendía en uno de aquellos capaces y sabios cuadros del nicho, un maestro que, con energía, eficacia y suma claridad, enseñaba á diferentes hombres, ya proyectos y doctos, lo más arcano y sustancial de las ciencias; y luego que le ví dije que era el señor licenciado don Miguel Cascante, porque otro que no fué su merced no podía mostrarse tan universal ni más científico. Díome la enhorabuena de este tan precioso hallazgo Rodríguez; pero yo le respondí:

No me des la enhorabuena,  
amigo, de que le encuentre;  
que antes el haberle hallado  
temo que será perderle.

—Yo bien sé, me respondió, que por Vm. está perdido, por lo mucho que le quiere; pero, por lo demás, ignoro la razón que Vm. puede tener para decirlo.—La de haberle de vejar precisa-

mente, y no saber por donde.—Bien repara Vm., me respondió Rodríguez, porque el señor don Miguel tiene tal numen y acierto, así en lo serio como en lo jocoso,

que, poeta de entrambas sillas,  
muy igualmente maneja  
las veras como de burlas,  
las burlas como de veras.

Pues en lo cómico, dígalo la sagarithida, y dígalo yo que lo sé.—Y yo también lo puedo decir, señor Rodríguez, que no ignoro por ella que

á cualquier autor excede  
cuando emprende una comedia;  
pues hace grandes jornadas.....  
porque escribe de carrera.

—Y para concluir y acabar de una vez (continuó mi camarada) es el señor don Miguel el *plus ultra* del Perú, el taumaturgo de la poesía, la tarasca de los versificadores, el portento de Lima, el abate de *voy*, y *tente que me caigo* de los ingenios, el Fénix de muchos siglos, el cordobés Góngora oculto á la inteligencia y patente á la admiración, el Solís, el Calderón, y quien sólo puede decir cuando le traen las poesías de todos por un resorte de repercusión con las suyas:

soy Cascante, y si cascarrias  
le diré en un cascajal  
cáscomelas y cáscqueselas  
y volviselas á cascar.

Y en fin; el que, pródigamente fecundo, dicta á ocho plumas á un tiempo sobre diferentes asuntos.—A que le respondí: mire Vm. que yo le conozco muy bien, y por eso:

que á un tiempo dicte á ocho plumas,  
y aun más, con diversos temas  
no lo dudo, que lo mismo  
son para él ocho que ochenta.

Y por esas tan prodigiosas circunstancias que tanto le individualizan, vuelvo á repetir á Vm. que siento la obligación de haberle de vejar, y no saber por donde.—Oyólo el dicho señor y, reconociéndome perplejo, me dijo:—No sé aflija Vm. porque, aunque quiera vejarme en virtud de la comisión que trae, no puede ejecutarse conmigo, porque voy nombrado embajador de estas señoras musas y de su presidente Apolo á los poetas que han escrito en las Academias de palacio, para llevarles á todos diferentes premios que se han de repartir entre ellos; y así por esta